II. CORAZÓN DE JESÚS ABISMO DE TODAS LAS VIRTUDES

Cor Iesu, virtutum omnium abyssus

P. Miguel Soler, Sacerdote argentino
Misionero en Filipinas

Sacrificios y oblaciones no quisiste, pero me has preparado un cuerpo [...], he aquí que vengo, oh Dios, para hacer tu voluntad (Heb 10,5.7). El primer atisbo que tenemos del Corazón de Cristo apenas encarnado nos hace ya entrever un cúmulo de virtudes. Las gentes reconocerán, en el colmo de la admiración, que Cristo poseía una fuerza benéfica ilimitada, que le hacía aparecer tan bueno y le permitía hacer tanto bien: Él es el maestro bueno que ¡todo lo ha hecho bien! (Mc 10,17; 7,37).

Decir y asumir que Cristo como hombre tiene todas las virtudes en grado supremo es lo primero que entendemos, y con facilidad, de esta hermosa letanía, toda vez que uno acepta y conoce quién es Jesucristo, el Verbo Encarnado, *lleno de gracia y de verdad (Jn 1,14)*. Para expresar qué significa ese «grado supremo», la expresión *abismo de todas las virtudes* es muy adecuada, pues nos señala el hecho de que ellas tienen allí unos modos y unas proporciones que se nos escapan por completo. San Pablo no encuentra mejor expresión que hablar de *la insondable riqueza de Cristo (Ef 3,8)*. La vida terrena del Señor es el escaparate desde el cual esas virtudes pueden ejercer su irresistible fuerza de atracción: *Cristo padeció por nosotros, dejándonos un modelo, para que sigamos sus huellas (1 Pe 2,21)*.

Hay más. Las virtudes están en el Corazón de Cristo no sólo como diversificaciones de la insondable bondad de su alma, ni tampoco solamente como modelo a seguir, sino que están allí como *fuentes* de las nuestras. Es decir, que recibimos las virtudes que más propiamente llevan el

nombre de tales (las llamadas *infusas*) como un don desde el Corazón de Cristo. Allí encontramos entonces no sólo sus virtudes, sino también las nuestras, como en su causa¹.

Poder penetrar en ese Corazón sagrado para contemplarlas allí, aprender a pedir las y poder recibir las como don suyo, es el fruto que imploramos para este día de hoy.

Una mirada al Corazón de Cristo

Lo primero a decir es que estamos ante un abismo. Podemos querer asomarnos, pero será Dios quien decida cuánto y cómo podremos ver, o sentir, o recibir.

Al hacerlo, no se trata tanto de poder ver qué virtudes hay, que las hay todas, sino más bien de reflexionar sobre la posición del Corazón de Cristo con respecto a ellas. Es decir, el amor que tiene por ellas. Y las ama no tanto por lo que tienen de suyas como por lo que tienen de bellas.

Hablar de virtudes no es otra cosa que hablar de bienes humanos y divinos en relación a los cuales el hombre puede obrar; bienes que son queridos de tal manera que han echado raíces en la voluntad, es decir, en el corazón. Ese amor se ha hecho habitual. Las virtudes naturales van echando raíces cada vez que se las practica, las sobrenaturales o *infusas* echan más raíces a medida que crece el *modo divino* de amar sus objetos, es decir, en la medida en que la caridad del alma aumenta.

¹ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *S.Th.*, III, q. 8, a. 5, sobre la gracia capital de Cristo.

Intentemos otro modo de explicar esto, comenzando con algunos conceptos generales. Nuestro corazón o voluntad en sí es pura tendencia², y por eso es configurado a partir de las cosas que amamos: si amamos el bien en cuanto bien, nos hacemos buenos, si no lo amamos *en su relación a Dios* o lo rechazamos, nos hacemos malos³. Cuando amamos los bienes propios de cada virtud, pues esa capacidad de obrar que era antes indeterminada, se convierte a partir de aquello que amamos en una configuración específica de nuestra voluntad, y por lo tanto de nuestra alma. La define, le da una cualidad de bondad determinada (nos hace virtuosos). El que ama la verdad es veraz, quien ama la honestidad es honesto (y si no la ama, no lo es por más que lo parezca), quien ama el orden divino es prudente, quien ama la justicia es justo, quien ama la pureza es puro (¡y no se puede pretender ser puro sin amar la pureza!), quien ama la humildad la recibe, quien ama la caridad que viene de Dios, es caritativo. Así de simple. De esto es que nace el estupor ante la belleza con que las virtudes adornan un alma.

Además, el acto virtuoso es lo más creativo que existe en esta vida, porque a un nuevo bien en cuanto bien, en cuanto venido de Dios y a Dios tendiendo, *le hace ser* allí donde no estaba (la voluntad creada), en orden a proteger o promover un bien de la creación misma, por la cual ascendemos a Dios.

Cuando nos asomamos al Corazón de Cristo, le vemos cautivado por las virtudes que hay en su alma, por el amor que tiene por los objetos de ellas, porque ama el bien al que cada una de ellas se ordena, y que

² No hace falta alargarnos en aclarar que el intelecto también tiene hábitos intelectuales, aunque no sea «pura tendencia», como aquí decimos. Convergen ambos en ser *potencias actualizadas por sus respectivos objetos*.

³ Cf. SANTO TOMÁS DE AQUINO, *De malo*, q. 16, a. 5; *Contra Gentiles*, L. III, 11; *S. Th.*, I, q. 63, a. 1 ad 4.

cada una protege, y siempre en relación a Dios como causa y como fin. Él ama verlas también comunicadas a los miembros de su Cuerpo Místico, que somos nosotros. Y quiere que le pidamos y deseemos mucho recibir de Él *el amor por cada uno de los bienes de las virtudes*, no para sentirnos bien o «mejorarnos» de algún modo, sino simplemente porque cada uno de esos bienes así amados nos conducen a Dios, y le dan gloria.

Dones de su Corazón

Evidentemente, en su Corazón están arraigados los bienes de cada virtud de manera tal que en su alma y en la nuestra pueden producir hábitos distintos, porque la situación es claramente distinta: el amor por la Verdad divina, por ejemplo, en Él se traduce en visión de Dios, y en nosotros en fe infusa. Dicho esto, es también evidente que Cristo ama principalmente aquellas virtudes que pondrán a los miembros de su Cuerpo en relación inmediata con Dios: fe, esperanza, y caridad. Son los primeros y principales dones que nos quiere comunicar, y en ellos todos los demás.

En cuanto a los demás hábitos que nos ayudarán a obrar el bien en relación a todos los demás bienes de nuestra vida *para con ello dirigirnos a Dios*, son también infundidos por medio de la gracia de Cristo. ¿Y qué decir de las virtudes meramente naturales, esas que se arraigan por repetición de actos? Pues, desde el momento en que estamos llamados a la vida eterna, al hombre lo hacen *bueno* con toda propiedad sólo aquellas virtudes que se ordenan a la vida eterna, y éstas son las infusas, las que Cristo pone en nuestro corazón según la medida de nuestra caridad⁴. ¿Hay que dejar de practicar las otras entonces? De ninguna

⁴ SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Questiones disputatae De Virtutibus*, 10, ad 1.

manera, porque esas virtudes practicadas son las que disponen al alma y remueven los obstáculos (como son los malos hábitos o los desórdenes) que podrían impedir el recibir los dones de gracia. Sus actos además, si hechos en gracia, pertenecen ya a la virtud infusa, por lo que son meritorios para la vida eterna. En todo esto la contemplación de la vida de Cristo tiene una función primordial, ya que nos ayuda a discernir las verdaderas virtudes de las falsas, las principales de las secundarias, las más directamente ordenadas a la vida eterna de las que de por sí tienden a bienes meramente humanos. De allí, desearemos y pediremos al Señor lo que realmente vale la pena pedirle, y lo que Él realmente espera que le pidamos.

Las preferidas de su Corazón

En esta misma línea, es la contemplación de sus misterios lo que nos hace descubrir cuáles son las preferidas de su Corazón. Supuesta la caridad escoltada por las otras teologales –que por ser la que da vida a todas las demás «no compite»–, están en primera línea aquellas más proporcionadas al misterio de la Encarnación y su fin, que es la salvación de los hombres. De allí que brillan sin duda lo que se llaman las *virtudes del anonadamiento*⁵, y aquellas tan propiamente evangélicas que San Pablo propone en sus cartas: justicia, paz, constancia, paciencia, caridad, bondad, piedad, pureza, templanza, mansedumbre, etc.⁶.

Si buscando una expresión más ceñida y precisa le preguntásemos al mismo Señor, Él ya ha contestado: *aprended de mí, que soy manso y humilde*

⁵ *Constituciones del Instituto del Verbo Encarnado*, 4; n. 11 enumera: humildad, justicia, sacrificio, pobreza, sufrimiento, obediencia, amor misericordioso; Flp 2,7-8; CONCILIO VATICANO II, Decreto *Perfectae Charitatis* sobre la adecuada renovación de la vida religiosa (28/10/1965), 5.

⁶ Cf. Ro 14,17; 1 Cor 13,4-7; 2 Cor 6,4; Ga 5,22; Ef 5,9; Flp 4,8; 1 Te 1,3; 1 Tim 4,12; 6,11, etc.

de corazón (Mt 11,29). Santo Tomás de Aquino señala, con una expresión de una intensidad extraordinaria, que «**toda la Ley Nueva** consiste en dos cosas: mansedumbre y humildad. Porque por medio de la mansedumbre el hombre encuentra el orden en su relación con el prójimo [...]; y por la humildad, consigo mismo y con Dios, como dice Isaías, *¿a quién mirará mi Espíritu, sino al contrito y humilde?* (66,2). Es así que la humildad **hace al hombre capaz de Dios**»⁷. Son las virtudes que *encarnan* el primer mandamiento del amor.

Las virtudes preferidas del Señor adquieren dimensiones colosales, abisales, durante su Pasión. Estamos ante el *mysterium pietatis*, ante un abismo de amor que asume que el camino hacia Dios después del pecado pasa por el sacrificio, el ofrecimiento y la reparación. Así, desde el día en que el Corazón de Cristo fue abierto por una lanza, el amor de caridad, virtud en la que viven todas las demás, es un amor crucificado.

⁷ *Super Evangelium S. Matthaei lectura*, ad 11, 29 (11, L. 3, 29).